



LOS PRINCIPES DE ACAIA



LOS PRÍNCIPES DE ACAIA

Pinerolo, Agosto de 1883.



ACIA tiempo que deseaba visitar este viejo palacio, que me mostraba todos los días sus almenas sonrosadas, más acá de los pinos y los cedros del jardín de la hermosa marquesa Durazzo.

Un edificio verdaderamente extraño, de una forma que no permite abarcarlo entero con la mirada desde ningún lado; coronado de ciertas almenas extravagantes de castillo de teatro; cargado de siglos, y, sin embargo, fresco de color y triste al contemplarse, como un cadáver engalanado. Y escondido aquí, en solitario rincón de Pinerolo, en medio de miserables casuchas y de callejuelas sin salida, erizadas de enormes pedruscos y regadas por anchos arroyuelos sonoros.

Jamás á su alrededor se vieron, sino muchachos descalzos, procesiones de gallinas y sentado ante una puerta, algun soñoliento viejo, el cual con seguridad no sabía quién había habitado en otro tiempo entre aquellas paredes, más que pudiera saberlo la hierba que verdeaba á sus piés.

— ¿Quién diablos ha de haber ahí dentro? — me preguntaban.

Una mañana, pasando bajo aquellas misteriosas ventanas, me pareció escuchar el murmullo de voces lastimeras, como plegaria de alma en pena, y una tarde, asomándome al balcon de una quinta vecina ví, allá abajo, en el oscuro jardín del palacio, una hermosa monja que huía como un espectro entre las plantas: la imágen de un cuadrito de Bocaccio.

No se necesitaba tanto para escitar la curiosidad de cualquiera, más obstinado enemigo que yo de las ruínas ilustres.

*
*
*

Hubiera sido injusto, por otro lado, si aquella curiosidad no naciera tambien en parte de un sentimiento de simpatía hácia los Príncipes de Acaia. Digo simpatía; no entusiasmo. No fueron grandes, ni tampoco pudieron serlo.

La parte principal, en aquel afortunado trabajo diplomático y militar de la casa de Saboya, correspondía naturalmente á los Condes, sus señores, más fuertes en armas y colocados en dominios mucho más seguros que la tierra de los Príncipes. Quitados el Conde Verde y el Conde Encarnado, que vivieron en su tiempo, hubieran bastado á oscurecer los Acaia la gloria de Amadeo el Grande, que les precedió, y la fama de Amadeo VIII que les sucedió.

Pero no por eso dejaron de ser dignos de admiracion. Acampados sobre un territorio de fronteras dudosas, rodeados de Municipios turbulentos y de señores cuyo pensamiento único era la conquista;

reducidos á una condicion, respecto á los Condes saboyanos, que si les aseguraba valioso sostén en los grandes peligros, limitaba de mil maneras su libertad de accion política; obligados siempre á adiestrarse entre enemigos, á menudo más poderosos que ellos, con alianzas y convenios continuamente rotos, vueltos á formar, falseados y violados; condenados á combatir, casi sin descanso, con los Marqueses de Saluzzo y de Monferrato, con los Angioni y los Visconti, en un país empobrecido por el desenfreno de la soldadesca mercenaria; sin accion en el gobierno, por las mil dificultades y desórdenes que nacia de la falta de un código general de leyes y de la imperfeccion de los Estatutos de cada Municipio; consiguieron el triunfo á fuerza de sagacidad y de constancia, parte con matrimonios ventajosos, parte con sus oportunos ardidés y mucho con su valor personal, los unos acreciendo, los otros consolidando el poderío propio, y prepararon ámpliamente el camino de las conquistas futuras de la casa saboyana. Consiguieron el triunfo—y esta es su mayor gloria—conservando cuanta fama de lealtad era posible merecer entonces entre aquellos enemigos: no manchándose con ferocidades famosas, en un tiempo en que, pocos Príncipes tenían las manos limpias de sangre: no oprimiendo inmoderadamente á sus súb-

ditos, librando así á los Municipios de la mayor parte de los escollos del derecho feudal; gobernando, aunque entre las turbulencias y la guerra, de manera que poco á poco se uniera á su nombre, en la mente del pueblo, con cariño, no con temor, cierta idea de magnanimidad y de justicia que era fuerza en el peligro y consuelo en la miseria.

Exceptuando Jacobo, no malvado sino débil, imprudente y miedoso ante Amadeo VI, los otros, educados todos en la córte de Saboya y compañeros de armas de los Condes en los primeros años, dejaron un nombre ilustre y amado: Felipe fué político sabio y esforzado capitán; Amadeo, no ménos entendido Príncipe que soldado valiente; Luis, de natural gracioso, hábil para la guerra, protector y amante de los estudios en cuanto lo permitia su tiempo.

Y se despierta también un sentimiento particular de simpatía y de curiosidad por el hecho de haber pasado así, casi perdidos en la gloria de sus parientes, cuatro sólios en el curso de más de un siglo, en una edad tan remota, en una tierra mucho más bárbara en comparacion de otras de Italia, no celebrados por los escritores ni cantados por los poetas, no dejando de sí más que escasos documentos escritos en mal latin y ningun

vivo recuerdo personal como no sea las piedras y el polvo de sus tumbas, unido á no sé qué de extraño y de novelesco que añade á su nombre aquel título de un principado lejano jamás poseído y siempre ambicionado, que brilló por cien años en sus sueños como la fascinadora promesa de un país de hadas.

*
*
*

Fué, pues, una fiesta, para toda la comitiva, cuando apareció en la puerta del palacio, pronto á recibirla, al cortés y culto canónigo Chiabrandi, director del Hospicio de los catecúmenos.

Porque, es de saber, que, el palacio de los Acaia, despues de haber sido por algun tiempo (se ha dicho) de propiedad privada y Hospital luego, sirve ahora de Asilo y escuela para los jóvenes valdenses de los valles vecinos, varones y hembras, que quieren convertirse al catolicismo... ó pasar un invierno al cubierto.

Mas ¡ay de mí! apenas estuvimos en el patio, experimentamos un amargo desengaño. No hay palabras que puedan dar idea de la devastacion que con pretesto de restaurarla, se ha hecho en aquella pobre casa. El destrozo es tal, que inspira como primer sentimiento, el deseo de verse ante todos los que lo hicieron ó consintieron, aunque entre ellos hubiera algun Duque empenachado, para

dar á todos ellos, en nombre de la Historia, del arte, de la poesía y de la patria, uno de aquellos bofetones que hacen perder el camino para volver á casa.

El palacio, edificado en 1318, tiene seis siglos, pero puede aparentar muy bien seis años solamente. Aquí se ha derruido, allá reedificado; se han añadido nuevas partes, con infelices imitaciones de las antiguas; todas las paredes pintadas de un color encarnado rabioso de tomate, con ladrillos figurados por medio de rayas blancas, como esos castillejos de los jardines, del gusto más deplorable; dentro, todo derruido y deformado para dejar espacio á las nuevas escaleras; las galerías altas, tabicadas, las salas divididas, las paredes que estaban pintadas, blanqueadas con yeso, la torre que se levantaba bastante sobre los techos, cortada al nivel de estos: una ruina sin nombre.

La sombra de los desposeidos marqueses subalpinos, debía ir allí á reirse siquiera una vez al mes. El palacio ha tomado con poca diferencia la forma de un bidente rectilíneo, con el espacio abierto vuelto hácia el Monviso; un pequeño patio en medio, un jardincillo delante.

Lo único que á primera vista se reconoce de su antiguo estado, es, en el cuerpo bajo del edificio, un

estrecho pórtico con tres arcos achatados que sostiene una pequeña galería sobre cuyo parapeto se levantan ligeras columnitas que sostienen un techo de ancho alero del que penden grandes persianas.

Mas, ¿quién puede decir cuál fuese la forma y las dimensiones del palacio en el siglo xiv?

Aun cuando se supiera que vivían estrechos, y aun admitido que formara parte del palacio un pequeño edificio que se levanta á su lado, cuyas ventanas conservan el dibujo y las molduras de la época, es difícil creer que toda la familia de los Príncipes, sus oficiales, los criados y los huéspedes, que eran frecuentes, cupieran en tan reducido espacio. No podrían moverse.

Una angosta habitación subterránea que abre sobre el camino y parece haber sido caballeriza, no contendría ciertamente todos los caballos de la Côte. Debían elevarse alrededor otros edificios.

Una gruesa pared descacarillada que se levanta al lado de un estrecho pátio externo, donde permanece todavía un antiguo pozo, era, sin duda, la pared maestra de un anexo considerable del palacio.

De cualquier modo que sea, lo que resta dá la imagen de un edificio mezquino, incómodo, dema-

siado estrecho para su altura: un término medio entre el convento, la cárcel y una casa de vecindad sin terminar.

—Pero, ¡cómo!—dá gana de exclamar cuando se entra.—¿Desde aquí fué gobernado por cien años el Piamonte? ¿Aquí se recibieron los legados del Pontífice y los Embajadores del Imperio? ¿Aquí se hospedó la esposa de Andrónico Paleólogo, Emperador de Oriente?

¡Oh! ¡Tristísima desilusión!

*
*
*

Permanecemos un poco en el pátio, mirando á lo alto, descontentos, con un ligero sentimiento de piedad por los antiguos Príncipes; despues, subimos la escalera.

Tambien el interior del palacio tiene el siniestro aspecto de convento y de hospital que proviene del embaldosado rojo vivísimo, de las paredes blancas y de los crucifijos negros colgados en las desnudas paredes, en las cuales el sol arroja, aquí y allá, grandes rectángulos de luz de oro, cortados por hilos de sombra negra de las celosías de las ventanas. Réinaba un silencio de Trapa.

El sagrado hospicio no tenía á la sazón más que tres convertidos. ¡La estación es tan hermosa!

De vez en cuando, á nuestro alrededor, percibíamos un ruido discreto de sotanas de frailes invisibles.

De los Alpes bajaba recta á la cara una brisa deliciosa....

Nos asomamos á un salon para dar una ojeada á la antigua labor del artesonado, donde se conserva alguna cornisa rudamente esculpida y enjalbejada. Era, sin duda, la cámara nupcial, donde durmieron el sueño más dulcemente tranquilo de la vida las siete esposas de la casa de Acaia. ¿Quién podrá decir que no?

Ahora hay allí dos largas filas de lechos de enfermería, con cubiertas de algodón á cuadros blancos y azules, y allí duermen los monjes y los catecúmenos... cuando los hay.

Otro salon del primer piso, está convertido en capilla, con un altar, digno de una ermita del campo.

No queda el menor indicio del uso á que estaban destinadas las demás habitaciones. Un Príncipe de Acaia, si reviviera, tampoco lo adivinaría seguramente. Vivos reflejos metálicos que entrevimos por una ventana, nos hicieron apretar el paso con la esperanza de encontrar armaduras antiguas: eran las cacerolas de la cocina. ¡Monté en cólera!

¡Era tan penoso aquel contraste entre la curiosidad estimulada por mil recuerdos, entre la avidez impaciente de ver, de reconocer, de descubrir, de comprender, y la muda desnudez, la estúpida

ignorancia de aquellos muros frescos y aquellas escaleras contrahechas!

Hubiera querido coger un raspador y un pico, y trabajar como un condenado para descortezar paredes, derribar tabiques, volverlo todo de arriba á abajo para encontrar un secreto, una imagen viva, una palabra al ménos del pasado. ¡Porque deben haber sido testigos, aquellas viejas piedras escondidas, de tantos furoros de ambicion desesperada, de tantos estallidos de celoso llanto, de tantas danzas de vencedores, de tantas audacias insensatas de los pages, de tantos secretos de amor y quizás de sangre!

*
*
*

Dimos lentamente la vuelta, de habitacion en habitacion, contemplando por ciertas ventanillas de arco ojival, el paisaje lejano bañado por los rayos del sol: lo que ménos ha cambiado alrededor del palacio, segun creo.

Y rodaban continuamente por mi cabeza estas preguntas:

—¿Cómo vivian? ¿Cómo pasaban los días, aquí dentro, en tiempo ordinario?

Y me imaginaba, no sé á punto fijo por qué, horas interminables de fastidio, en medio del profundo silencio de Pinerolo, adormecida bajo el sol de Julio, ó dias eternos y oscuros de Otoño, en que el rumor de la lluvia en el patio debía llenar el palacio de una tristeza capaz de hacer llorar. Los recreos intelectuales debian ser escasos en un país donde no había señales de arte ni de literatura, y en que, pocos legistas, cuatro frailes y algun notario formaban todo el círculo erudito.

El tema más socorrido de las conversaciones sería, indudablemente, los amores y las galanterías de la Côte vecina, noticias de Saboya y de los Marquesados, los matrimonios y las aventuras de los nobles vasallos desparramados desde Perosa á Turin.

Hablarían tambien en familia de los argumentos, á menudo delicados y extravagantes, de los muchísimos litigios en los cuales se apelaba ante el Príncipe contra la sentencia de los jueces inferiores; las audiencias acordadas á los caballeros y á los clérigos; la llegada de los correos de Chambery; la aparicion de un capitán de aventureros que venía á ofrecer su espada, ó á fijar el contrato para su compañía, todo esto, serían sucesos agradables y objeto de ámplios comentarios.

Aquella política menuda y embrollada de Estado pequeño que contiene sin cesar por una peña, por un molino ó por un palmo de terreno, daría ocasion, naturalmente, á infinitas conversaciones intrincadas y sutiles, en las que se repetirían mil veces las mismas cosas.

Grandes conversaciones tendrían tambien, ántes y despues de las carreras y las justas con las cuales festejaban los esponsales y las paces, y de aquellos extraños banquetes en que se servían los

cerdos dorados, con el fuego en la boca, y las terneras en una pieza con un jardín sobre la espalda. No dejarían de hablar mucho, asimismo, de caballos y perros. Eran más juveniles que nosotros y hojearían más asiduamente el libro de su imaginación.

Dában una parte mayor que ahora á la vida física. El palacio se dormiría descansadamente después del fatigoso regreso de las bulliciosas cabalgatas, las tardes en que los pinerolese veían pasar, envuelta en nube de polvo dorado por el sol, tras el rostro inflamado de Isabel de Acaia, una oleada de caballos, de perros y de pajes.

¡Qué vida tan distinta, qué violentas conmociones debían experimentarse en tiempo de guerra, cuando cien centinelas exploraban la llanura desde lo alto de las torres y campanarios, y toda la ciudad se perturbaba á una señal ó á un grito!

De las ventanas de palacio, como de las tribunas de un torneo, las Princesas veían á las tropas salir por las puertas; extenderse en columnas por los campos y coronar las colinas de estandartes y espadas. Cuando Felipe asediaba á Savigliano con la flor de la nobleza saboyana, al mismo tiempo que el Príncipe Jacobo estrechaba á Saluzzo con Manfredo y el Senescal de Balzo, y Farcino Cane

saqueaba á Osasco, y Luis asaltaba á Pancalieri, veían ellas los fuegos nocturnos de los campamentos, el resplandor de los incendios y las blancas nubes que levantaba el galope de los escuadrones. ¡Cuán precipitadamente debía palpitar su corazón! ¡Y cuán diferente era esto, á recibir las noticias por medio de un simple telegrama!

Respiraban el aire de la batalla, sentían pasar el soplo de la muerte. Así se comprende cómo crecieron con el corazón fuerte aquellos Príncipes y aquellas futuras esposas de Príncipes, que asistían al regreso nocturno de las luchas feroces, entre los lauros ensangrentados y las antorchas, en medio de las imprecaciones de los prisioneros y los ayes agudos de los heridos.

* *

Acariciando estos pensamientos llegamos al segundo piso. Allí finalmente encontramos algun resto notable: un salon que se asegura fuese la sala de las grandes recepciones, en el cual se conservan todavía aquí y allá, en las paredes, algunos frescos al claro oscuro.

El buen gusto de no sé quién, los había, cubierto delicadamente con cal: el Director de los catecúmenos fué quien les sacó de nuevo á la luz del sol. Ocupan, como un tercio alrededor de las paredes. Lo demás debe haber sido raspado sin piedad por la pata de un asno, del cual quisiera ser amo por veinticuatro horas.

De la infantil rudeza del dibujo se deduciría que los frescos eran más antiguos; pero no se puede admitir que sean, en parte al menos, anteriores á la segunda mitad del siglo xv. Representan uno de esos Amadeos novenos de Saboya, que tienen en la mano un pergamino sobre el cual hay escrita una célebre palabra suya. Ahora bien; habiéndose extinguido la

familia de los Acaia en 1418, á los eruditos toca dilucidar si los Duques de Saboya, han habitado por algun tiempo, desde Amadeo nono en adelante, el palacio de los Príncipes y bajo qué Duque fueron pintados aquellos frescos.

Son curiosos ensayos de la infancia del arte, y aun del artista. Especialmente el que se encuentra junto á la puerta de salida. Representa un testarudo caballero que quiere entrar á toda costa, de pié sobre un carro de triunfo, por la puerta de una ciudad, por la que, ni siquiera á gatas podía penetrar y compañías de guerreros con cara de tiranos del teatro Guignol, plantados sobre la cima de unas colinas de azucarillo, como alfileres clavados en una almohadilla, junto á pinos y cipreses de bolsillo, que forman el paisaje adecuado para una pantalla de quinqué. Y un baioteo de casuchas, de maravillosa perspectiva que dan la idea de un pueblo fotografiado instantáneamente en el acto de un terremoto que no deja piedra sobre piedra.

Otras pinturas representan Condes ó Duques de Saboya, de un pésimo humor.

Este salon está convertido ahora en dormitorio de los pequeños catecúmenos, los cuales descansan plácidamente en medio de las imágenes amenazadoras de los persecutores de sus padres.

No queda otra cosa antigua en el interior de palacio. Nada, ni siquiera tres pequeños peldaños, á los que se pudiera preguntar, como Musset á los famosos *Marcès de marbre rose* de Versalles, cuál de las mujeres hermosas que los hollaron tenía el pié más pequeño y el paso más ligero.

Nada. Las pobres princesas ginebrinas, vienesas, sicilianas, saboyanas, francesas, desaparecieron sin dejar un recuerdo, una imagen al ménos parecida de sus semblantes. ¡Ah! Si los cronistas de entónces hubieran descrito á las mujeres con esa delicada minuciosidad de mercaderes de esclavas con que las sacan á plaza los novelistas modernos, ¡cuántos preciosos retratos tendríamos al presente!

¡Cuán bellas y majestuosas debían estar con sus altos tocados cónicos, y sus manteletas de armiño, cuando se lanzaban con los brazos abiertos, escaleras abajo, y estrechaban rudamente su blanco seno contra la empolvada cota de los vencedores de Monasterolo, de Sommariva y de Tegerone!

No teniendo otro apoyo, la fantasía se ayuda con el sonido de los nombres para reconstruir las imágenes. ¿No es verdad que aquel ámplio nom-

bre sonoro de Beatriz de Ferrara, primera esposa de Jacobo, hace ver grandes ojos negros, boca purpúrea y oír una de esas voces profundas y ardientes que perturban el ánimo?

¡Qué extraña cosa son estas simpatías vivas por un fantasma del pasado, al que hemos dado forma nosotros mismos! Yo la veía, mientras hablaba con el buen canónigo (él me lo perdona); seguía con la vista la larga cola de su vestido azul que desaparecía en el fondo de los corredores, y mientras la esperaba en el patio, ella aparecía en una galería del tercer piso, ó cuando había llegado ansioso hasta la galería, la veía caminar lentamente por el jardín.

¡Pobre y buena Beatriz, salida en el féretro del palacio, ornada con las flores todavía frescas de la boda, muerta sin hijos, tan jóven, y olvidada tan pronto por todos!

¿Sufriría mucho? ¿En qué sala moriría? ¿Tenía al ménos una amiga en esta córte? ¿Y Catalina de Viena, su suegra, la amaría? ¿Cómo hablaba? ¿Su dialecto ferrarés?

¡Cuán dulce y triste debía ser su voz cuando invocaba á su madre lejana, oprimiendo el crucifijo sobre su corazón!